

## LA FIESTA DE LOS DICTADORES

### Domingo Tamariz

«Sean cuales sean las sorpresas que el porvenir nos reserve, podemos hallarnos seguros de que el mundo podrá ver a Trujillo muerto, pero no prófugo como Batista, ni fugitivo como Pérez Jiménez, ni sentado ante las barras de un tribunal como Rojas Pinilla. El estadista dominicano es de otra moral y otra estirpe».

Esta encendida oración, extraída de un pasaje de la novela **La fiesta del chivo**, fue pronunciada por Joaquín Balaguer «el presidente fantoche» en los días que el barco de la dictadura se iba a pique. La frase demuestra no sólo el aplastante dominio que el «estadista dominicano» ejercía sobre sus hombres sino, también, la sumisión, el miedo, o acaso el adormecimiento de sus conciencias ante la avasalladora personalidad de Rafael Leonidas Trujillo (el «chivo»).

Mario Vargas Llosa, continuando la línea de obras similares -**El señor Presidente, La novela de Perón, el otoño del patriarca**- desnuda en **La fiesta del chivo**, la dictadura de Trujillo que, en un pasado no muy lejano, llevó a su pueblo por el camino más tortuoso de su historia. Farragoso camino en el que, desgraciadamente, también cayeron otros pueblos del continente.

Fue la época en que, en América Latina, una veintena de personajes tomaron por asalto el poder, enquistándose en el gobierno 20, 30, y más años. En el largo lapso de la tiranía de Trujillo (1930 -1961) todos los países de la América morena -excepto Uruguay y Chile- fueron avasallados por dictadores de todo tipo y ralea, unos más o menos despiadados que Trujillo, pero igualmente nefastos.

En Cuba, el tristemente célebre Fulgencio Batista, que luego de liderar una revolución de sargentos (1933) pasó a dominar durante 25 años el escenario político de la isla. Gobernó hasta en tres oportunidades, arrinconando con el fusil y la intimidación de la cárcel a una oposición que, a pesar de las torturas y asesinatos, se le enfrentó valerosamente. En 1958, al verse acorralado por los guerrilleros de Sierra Maestra, Batista huyó a París.

En Nicaragua se dio una dinastía de dictaduras, acaso única en el

mundo. La inició el general Anastasio Somoza en 1937. Somoza se mantuvo en el poder durante casi veinte años, unas veces como presidente y otras como jefe de las fuerzas armadas. Para seguir sosteniendo las riendas del poder, hacía elegir presidentes a sus incondicionales, igual que Trujillo cuando puso como «presidente fantoche» a Joaquín Balaguer, «el hombrecito, casi enano». Como todo dictador, hizo obra, pero en provecho suyo, de familiares y allegados, sin que mejoraran las condiciones sociales de vida del pueblo. Murió asesinado. Lo sucedió en el cargo -como si un país fuese una hacienda- su hijo Luis, también asesinado y, más tarde, su otro hijo Anastasio, que terminó sus días igualmente ajusticiado, lejos de su patria, en Paraguay.

En Venezuela, el coronel Marcos Pérez Jiménez tomó el poder en 1952. Gobernó férreamente. Pero el pueblo no lo toleró por mucho tiempo; al cabo de cuatro años era depuesto por un movimiento de civiles y militares. Fugó prudentemente a República Dominicana. Eran los tiempos en que los dictadores se ayudaban mutuamente, igual que los socios de una cofradía. Pérez Jiménez reside hoy en España, donde -según ha declarado- ha triplicado su fortuna desde que salió de su país. A la fecha cuenta 85 años.

Colombia tampoco fue ajena a una dictadura. En Julio de 1953, aprovechando el desorden y el miedo a las guerrillas que se habían adueñado de gran parte del suelo colombiano, el general Gustavo Rojas Pinilla dio un golpe de Estado. Los guerrilleros fueron perseguidos, pero continuaron los conflictos y el pueblo cansado de la dictadura salió a las calles a pedir su renuncia. Luego de cuatro años, una junta militar lo depuso.

El general Alfredo Stroessner de Paraguay, quien desde 1954, o antes, dominó la situación política en su país. Fue reelegido siete veces presidente, un record mundial que comparte con el tristemente célebre general Suharto, de Indonesia. Empuñó el timón sometiendo a su pueblo a una implacable dictadura. En su época se exiliaron más de 400 mil paraguayos. Cayó en Enero de 1989.

En el Perú, el general Manuel Arturo Odría llegó al poder a través de un cuartelazo (1948). Buscó «constitucionalizarse», y, con toda impudicia, hizo encarcelar al general Montagne, su único adversario. Arrasó con todas las libertades, persiguió despiadadamente al APRA, llenó las cárceles y deportó a diestra y siniestra a sus opositores. En 1956, a diferencia de sus colegas, convocó a elecciones. Pero eso no lo salva de quedar en la

historia del Perú como uno de sus personajes más sombríos del siglo XX.

## EN TODO TIEMPO Y LUGAR

A comienzos de siglo, una de las dictaduras más siniestras fue la de Manuel Estrada Cabrera. Instauró en Guatemala una tiranía que no perdonó a ricos ni pobres. Dio un gran impulso a la instrucción pública, pero gobernó despóticamente hasta 1920. Miguel Angel Asturias lo retrató en su obra cumbre **El señor Presidente**.

Juan Vicente Gómez, en Venezuela, ejerció la dictadura más larga de su país. Reemplazó a Cipriano Castro, otro dictador, en 1908. Desde entonces gobernó en forma arbitraria y absoluta, ya fuera por sí mismo o con presidentes manejados por él, ni más ni menos que como lo que hizo Trujillo con Balaguer. Fue acaso el único opresor que murió en su cama. Era, al fallecer, uno de los hombres más ricos del mundo.

En el mundo, el listado de los hombres que hicieron uso y abuso del poder es bastante grande. En Africa Mobuto personifica, tal vez, al sátrapa más ominoso y en Asia Ferdinand Marcos -que hizo de Filipinas un infierno- son los casos más patéticos. Pero el caso más reciente lo personifica el general Suharto, hasta hace dos años el hombre todopoderoso de Indonesia. Gobernó implacablemente casi el mismo tiempo que lo hizo Trujillo (31 años). En su gobierno la corrupción no tuvo límites. Se le acusa de un enriquecimiento ilícito. **Time** asegura que su fortuna asciende a 15 mil millones de dólares, y por si eso fuese poco, la familia posee a nombre propio y a través de compañías, un total de 204 mil hectáreas, es decir una propiedad siete veces más grande que el predio más extenso del Perú. Este es el precio que hoy paga un país que tuvo la desgracia de caer en manos de un hombre sin escrúpulos. Los indonesios aún no despiertan de esa larga pesadilla.

Todos estos tenebrosos personajes, excepto Cabrera Estrada, fueron militares. La fuerza de las armas les dio patente de corso para cometer los estropicios más grandes de la historia.

Mario Vargas Llosa ha llevado a su novela una historia alucinante, que pinta magistralmente al «Benefactor» de una república del

Caribe y a su entorno, poblado de personajes que -como en los tiempos de Leguía- se disputaron las indulgencias del dictador llenando su ego con los más encendidos elogios. A Trujillo lo llamaban el jefe, el generalísimo, el benefactor, su excelencia, el padre de la Patria Nueva. Pero en esa suerte de campeonato de zalamerías, Leguía tal vez lo superó. Lo llamaron: «Gigante del Pacífico», «Júpiter presidente», «Nuevo Mesías», «Wiracocha», y se le comparó con Bolívar, César, Alejandro, Napoleón, Washington, Lincoln y con muchos otros personajes de la historia americana y universal, y -como diría Basadre- sin desventaja ante ninguno de ellos.

En **La fiesta del chivo**, Mario Vargas Llosa pinta maestramente el tinglado de una dictadura y sus hombres que, en algunos casos, por lo inconcebibles, parecen inventados. Claro, como en toda novela histórica hay personajes que se acercan a la ficción, que Vargas Llosa recoge y enriquece con una descripción que llega, a veces, a lo caricaturesco. Sobre todo, el del «constitucionalista beodo», senador Henry Chirinos -nombre nada más casual- y el de Johnny Abbes García, el Jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) «un sapo de cuerpo y alma». Pero la protagonista que más impacta en la obra, es una mujer, Urania, la hija del senador «Cerebritito», que regresa a su patria después de 35 años de ausencia. Con ella empieza y termina la novela. Urania es la mujer que Trujillo marcaría para toda la vida.

Todos los dictadores se parecen. Primero en que se creen unos predestinados; segundo, en que son sagaces, aunque nada cultos; tercero, en que no pierden la oportunidad de «pescar en río revuelto», es decir, cuando hay crisis para lanzarse tras el poder; que se hacen de la vista gorda ante la corrupción, con tal de que sean leales a su gobierno y, por último, en su refinada crueldad para eliminar a cuanto adversario se ponga en su camino. Y, a esto podríamos añadir, en que no tienen amigos.

Este es un tema que ha estado latente en las obras de MVLL. Es algo a lo que sus demonios lo empujan, no sólo a novelar, sino también, en la vida real, a cuestionar a gobiernos propensos a zarandear las libertades públicas.

Y esa inquietud lo lleva por diversos caminos del mundo, a martillar -a través de seminarios, conferencias de prensa, artículos periodísticos- contra el abuso del poder, venga de donde venga. Como defensor de la libertad y la democracia, tenía entonces en **La fiesta del chivo**, la oportunidad de mostrar a miles de sus

lectores en lo que se convierte un país cuando cae bajo el poder de un hombre que delira en la locura de creerse un predestinado.

**La fiesta del chivo** es una obra que cautiva al lector, de la primera a la última página. Pocos narradores en el mundo logran ese encantamiento. MVLL es uno de ellos.